

Alfredo Noriega

---

# ESO SÍ NUNCA

Novela



ESQUELETRA  
editorial



*Iba fluyendo sangre  
cual nubarrón oscura*  
Homero, La Iliada

*... viennent me rejoindre les mensonges des hommes*  
Fernando Pessoa, Le Gardeur de troupeaux



A Julián, siempre  
A la memoria de Manuel Calisto



## **PRIMERA PARTE**





**P**edro Craw se estaciona delante de un cajero, el cielo está despejado y hace frío. Los bloques multifamiliares se yerguen como animales queriendo tocar las estrellas. Frunce el ceño cuando se le viene esta imagen. Siempre le da por hacer asociaciones entre la ciudad, el mundo animal y el cosmos: aquel grupo de estrellas le parece un gato lamiéndose una pata, esa nube un elefante con la trompa levantada, este edificio una nave espacial posándose sobre el caparazón de una tortuga. Son las dos de la mañana. Mete la tarjeta en el cajero. Un patrullero con tres policías se detiene detrás de su Vitara. Mira de reojo, aliviado, teclea su clave. Las puertas del carro se abren, un cabo surge y camina hacia él sin apuro mientras el subteniente se baja a estirar las piernas, observando hacia el cajero y hacia el fondo de la avenida desierta. Craw guarda los dólares en la billetera, se dispone a deslizarla en el bolsillo interior de su chaqueta, pero la mano del cabo se lo impide con delicadeza.

—¿Qué pasa? —balbucea.

—¿Adónde crees que vas?

Craw no entiende. Se queda un par de segundos sin respuesta. El cabo agarra la billetera.

—Los papeles del carro están en la guantera —dice, señalando hacia donde está parqueado su Vitara.

—Qué bueno —replica el policía, sacando la tarjeta.

—¿Qué pasa?

—Nada malo.

El cabo levanta por primera vez sus ojos hacia él. Los tiene negros y alcoholizados. Pedro Craw sabe que lo mejor será obedecer.

— ¿Cuánto le saco, jefe?

—Lo que se pueda —dice el otro, mientras extrae de la billetera la plata.

—No me dan chance de sacar más de doscientos.

—Eso ya veremos.

Vuelve a introducir la tarjeta. Le tiemblan los dedos. Siente un tirón en el vientre y un chasquido de dientes. Digita la clave y pide ciento cincuenta dólares.

—Está muy poco, pide quinientos.

—Ya le dije que no me van a dar.

—Pide igual, icarajo!

Corrige la suma. El subteniente empieza a caminar hacia ellos. Lleva, sin darse cuenta, la bragueta abierta y la guerrera fuera del pantalón. El cajero ha negado la suma.

— ¿Qué pasa? —pregunta el subteniente.

—Que este es un pobre cojudo muerto de hambre —responde el cabo.

Los dos policías se ríen.

—Yo me encargo —dice el jefe.

Le pone la mano sobre el hombro.

—Pide 300 dolaritos —le susurra al oído.

Un viento de madrugada se les mete por la nuca. Craw tiembla. El chofer del patrullero da un par de saltos y se acomoda el pantalón, tambaleante. El cajero acepta los trescientos.

—Nos mentiste, huevas —dice el cabo—. Eso no le gusta a la Policía Nacional.

—No tengo esa plata en la cuenta, eso es puro sobregiro.

—Cállate, conchetumadre —le gruñe el subteniente, empujándolo contra la pared.

Se le caen las llaves del carro. Teme no encontrarlas para volver a casa. Hace ademán de recogerlas, pero el subteniente le asesta un golpe en plena nuca que lo tumba. El cabo le hunde las botas en las costillas. Varias personas aparecen en las ventanas de las casas de enfrente, despertadas por el ruido. El dueño de la zapatería Carmita, don Jorge, apunta hacia la escena su flamante teléfono celular y empieza a filmar acordándose de un programa de la tele donde hay como mandar testimonios en video de escenas urbanas, para ganarse un poco de dólares.

El muchacho se retuerce en el piso. A la señora Lupe, la dueña del salón de comidas, abofeteada en serie por sus maridos violentos, le duele el alma. Lo patean en el suelo. Los testigos alucinan, pero nadie interviene. El policía de la gorra dura, el oficial, le explica don Jorge a su esposa, para que aprenda a diferenciar lo bueno de lo malo, lo agarra y lo levanta de una. Se lo llevan a la esquina. El muchacho grita. Los policías lo arrastran. Está todavía consciente, aunque su cuerpo ha empezado a perder la noción del dolor. El chofer del patrullero ve aparecer un carro y les silba a sus compinches.

—Bueno, sapito de mierda, lárgate —le dice el subteniente.

—Ya se cagaron —suelta Pedro Crow.

—¿Qué? ¿Es una amenaza?

—No saben con quién se han metido.

Sin mirarlos, empieza a caminar, tambaleante. El carro aparece, en él van Silvia y Daniel. Al ver el patrullero con las puertas abiertas, parqueado detrás del Vitara, reducen la velocidad. Unas cuantas gotas caen sobre el parabrisas, anunciando un aguacero. El viento frío chirría contra la carrocería. Observan la escena en cámara lenta: un hombre camina tambaleante, un policía le asesta un puntazo en el culo, el otro, cagado de la risa, se agarra de las mangas de la cazadora de su compinche, para no caerse.

— ¡Para! —grita Silvia—, ¡le están dando duro a ese man!

El chofer del patrullero les hace un ademán desafiante. Daniel frena a raya, pone retro, se aleja unos metros, gira a toda prisa y huye por dónde venían.

El subteniente levanta su arma y dispara.

— ¡Disparó! —grita Silvia.

Pedro Crow ni siquiera siente la bala, su rodilla se dobla y lo obliga a poner la mano para no irse de bruces. La noche se vuelve de pronto caliente, sus ojos miran las antenas de los edificios y una luna blanca y distante. Los tres policías se suben al patrullero, tres cuadras más allá, se detienen delante de una licorería para comprar una buena botella y seguir la juerga.

—Se fueron —suelta don Jorge.

Baja el teléfono y mira detenidamente.

—Sí, dejando a ese muchacho tirado —dice, doña Carmita, su mujer.

El bulto está inmóvil en medio de la vereda. Un carro se detiene en el semáforo, pero el chofer no se percata de su presencia.

—Se movió —comenta doña Carmita.

— ¡Qué va! —exclama don Jorge.

Abre la ventana y saca la cabeza. Su mujer corre al cuarto a traer una chalina, no vaya a ser que además se le tuerza la cara.

— ¡Ve bien, Carmen!

El bulto no se mueve.

Los primeros en aparecer en la calle son la señora Lupe y su nuevo hombre, Estuardo. Enseguida, llegan dos universitarios, inquilinos en una de las extensiones de la casa de los Ordóñez. Aparece también la niña de los mandados de la familia Echeverría, habitantes de la casa contigua a la de los dueños de la zapatería y, finalmente, ellos todavía en pantuflas, envueltos en sendas salidas de cama y chalinas otavaleñas.

Nadie se atreve a toparlo, la sangre le mancha el rostro y la ropa. Sólo Dios, en esos casos, puede algo, piensa doña Carmita. Llega un patrullero y una ambulancia. Los unos interrogan, los otros se agencian con el cadáver.

Así empieza la madrugada para toda esa gente.

—No nos siguen —anuncia Silvia.

Daniel mira por el retrovisor la calle oscura que van dejando atrás. En una esquina del barrio de La Floresta, da la vuelta y se para delante de una casa, en la calle Andalucía. Se hunden en los asientos sin chistar. Instantes después, escuchan el motor de un carro, a Silvia le tiritan los dientes. Daniel saca cautelosamente la cabeza sobre el respaldar del asiento.

—Es el novio de Carla —su vecina—, que la viene a dejar.

Silvia va a salir, pero Daniel se lo impide.

—Mejor que nadie nos encuentre aquí —dice—, esperemos un ratito más.

Quito parece hundirse bajo sus pies, mareándolos. La montaña está oscura y por primera vez su forma es ambigua. Cuando salen del carro, los dos miran hacia ella invadidos por una sensación de hastío. Entran a la casa, Silvia se sienta en un sofá. Daniel va a la cocina, trae una botella de cola, vasos y sirve. Él bebe, Silvia se queda acurrucada. Las sirenas de un patrullero iluminan la sala. Se sobresaltan en vano, esos policías van calle abajo a tratar una riña que ha degenerado a la salida de una discoteca.

—¿Qué hacemos? —pregunta Silvia.

—Nada —responde Daniel.

—Me voy.

—¿Adónde?

—A mi casa.

—Estás loca, man.

Silvia agarra su chompa, Daniel la detiene. Se quedan quietos en el vestíbulo con el silencio de la casa zumbándoles en los oídos. En el piso de arriba duermen los padres de Daniel y su hermano menor. Él tiene su habitación junto a la sala, en el antiguo consultorio, adonde se cambió cuando entró a la universidad, aprovechando que su padre había alquilado un local para recibir a sus pacientes, y ya no molestar a la familia. En

ese cuarto puede escuchar su música, pegar sus afiches, tener su propio desorden y no aguantar los jueguitos de su hermano. A él le hubiera gustado irse a instalar solo, en Guápulo, por ejemplo, para vivir aquella mítica juventud desenfrenada de la que tanto se jactan sus padres.

Silvia baja la cabeza y da un paso atrás, él la atrae pasándole el brazo por la cintura. Se quedan unos segundos balanceándose, todavía con la imagen de la agresión en la mente. Ambos son delgados, miden casi lo mismo, tienen el pelo largo, él se lo agarra atrás con una cinta que le regaló Silvia, ella lo lleva suelto. Se dan un beso corto, rozándose los labios entreabiertos; a ella le baja un vacío a la boca del estómago, a él le empieza a crecer el sexo. Silvia baja sus manos y lo aprieta. Se desnudan. Ella abre las piernas, agarra el pene y se lo lleva adentro. Les da la impresión de estar hechos el uno para el otro, tienen 23 años. Cuando terminan, a ella se le van las lágrimas. Daniel piensa que ha hecho algo malo.

—No eres tú —le dice Silvia, con voz rota.

Hay un ruido, un mal sueño de alguien; recogen a toda prisa sus ropas y se encierran en el cuarto. Daniel se acerca a la ventana, Silvia lo abraza por detrás, se están un rato mirando como la neblina esconde la ciudad. Parecerían escuchar sus latidos, su corteza rompiéndose para hacerse entender, para acallar las opiniones infames sobre ella. El disparo se le viene a Silvia a la mente.



—Nos está llamando —murmura.

—¿Quién?

—Ese muchacho.

Se levanta, y sin darle tiempo a Daniel, se viste y sale de la habitación. Él la alcanza en la puerta de calle, desnudo.

—¿Adónde crees que vas?

—A verlo.

—No entiendo.

—Nos está buscando, lo abandonamos, Daniel, lo dejamos solo en la noche.

Quito mete su aliento por el resquicio de la puerta, rozando los pies descalzos de él, enfriando las manos de ella, perdiendo en la noche pero sin saber por qué ni contra quién, desesperada, sin otro posible en las entrañas.

Los policías están terminando la juerga, a pocas cuadras del lugar del crimen, en la casa del chofer del patrullero, una extensión construida por sus suegros a finales de los 90, para instalar a sus hijas con sus respectivas familias. Están cagados de risa, con las huevas duras y los ojos tercos. Chupan escuchando Julio Jaramillo y comiendo lo que la mujer del chofer ha podido hacerles a esa hora de la madrugada.

Buen tipo, piensan el subteniente y el cabo al salir de la casa. El subteniente le da unos cuantos

billetes a su subalterno; el resto se lo queda, le caerá bien para pagar el colegio de sus guaguas. Así termina su juerga, con un pensamiento por el porvenir de sus hijos. Que se merecen eso y más, icarajo!, piensa, mientras avanza zigzagueando hasta el patrullero. Al cabo se le viene a la mente el zumbido de la bala y el grito ahogado del muchacho que, como en la canción, cayó por cojudo, como si no supiera dónde vive, ni hubiera pasado nunca por una avenida desierta en Quito sin que se le erizaran los vellos.

—Soquete —gritó el subteniente.

—Chugcha —gritó él.

Así se acabó el único asesinato de la noche en Quito.

—¿Qué hacemos, mi subteniente? —pregunta el cabo.

—Llévame a la casa.

Toman por la transversal hacia la avenida. En la esquina, el cabo enciende la sirena para cruzar tranquilo. A ambos se les agría la boca al divisar el cajero. No quedan rastros ni del Vitara ni del cadáver. La avenida está desierta, como si no hubiera pasado nada. Al subteniente se le revuelve el estómago, eructa llenando el habitáculo de un tufo a alcohol y comida. Baja el vidrio. El aire helado de Quito les cala los huesos. La borrachera se ha apoderado de sus cuerpos.

El cabo aplasta el freno, lo suelta y acelera. El patrullero corcovea y dibuja un zigzag sobre

la calzada. Vuelve a frenar, provocando un deslizamiento lateral. El aro de una rueda se resquebraja al golpear el filo de la vereda, y el tapacubos sale disparado contra el poste de alumbrado eléctrico. El patrullero da una vuelta sobre sí mismo y se inmoviliza. El cabo suelta asustado el volante. El recuerdo del cuerpo de Craw se le impregna en los pies, como si lo hubiese pateado descalzo.

El subteniente abre la puerta para vomitar. Nuevamente la avenida queda en silencio. El cabo sale dando saltitos, a ver si así se le va la comezón. Su jefe se incorpora y se arrima al respaldar. La luz de la sirena ilumina las fachadas de las casas, cortando intermitentemente la tranquilidad de la ciudad. Detrás de la montaña, surge el primer brillo solar. El cabo mira al subteniente con cara de mocosos asustado. En cada casa se ha encendido una luz, y varias personas aparecen en las ventanas.

—Vamos —le grita el subteniente.

El cabo se sube y arranca a toda velocidad, con las sirenas encendidas.

—¿Son los mismos? —pregunta doña Carmita.

—Creo que sí —responde don Jorge, dejando de filmar con su celular.

**E**l médico legista, Arturo Fernández, viaja en un bus de línea con la angustia de sus mañanas auestas. Quiero que esto se acabe, se dice, mirando por la ventanilla. Su ciudad, igualita desde que se acuerda, y tan cambiada. Parece una novia a la cual le han ido creciendo las tetas y la barriga, o una madre avejentada que no pierde el brillo del pelo ni la buena sazón. A veces es tierra de nadie, de pronto se yergue y no permite que la toquen o la maldigan. A veces no aguanta los insultos. Otras parecería dispuesta a soportar cualquier majadería. Las fachadas de las casas, todas sucias, todas desordenadas, son los exabruptos de la ciudad.

Quiero que esto se acabe, repite el legista con la garganta cerrada. El bus se detiene. En los asientos delanteros la gente empieza a levantarse para poder espiar. El rumor de un accidente les llega a los pasajeros de atrás. El vendedor de CDs piratas recoge las muestras que ha repartido un rato antes para evitarse un mal rollo con los avispados. El legista, en cambio, se queda con la cara apoyada al vidrio con la mirada perdida en

la vereda, por donde la gente camina con una prisa inhabitual, estirando los pescuezos o un dedo en dirección del accidente ocurrido unos metros más adelante.

El bus cambia de fila. Aparece un policía de tránsito desviando el tráfico. La escena adquiere un aire de cine mudo, como si cada una de las personas y, en cierta medida, de los objetos, estuvieran actuando, exagerando sus gestos para parecer más reales, o ser vistos con mayor precisión. Un fotógrafo, con la cámara lista en una mano, va hacia la parte posterior de un carro, cruzado en media calle. Más policías y curiosos adelante. Un simple accidente no moviliza a tanta gente, piensa el legista, es otra exageración de la ciudad, con su tendencia a sobredimensionar su existencia. Quito es una ciudad a la que todo le queda grande, la geografía, el clima, las vicisitudes de la época moderna, como se la llama a esta época de mierda.

Tras pasar delante de los policías y curiosos, cruzan un tramo donde no se evidencia ninguna huella de accidente; como si atravesaran un limbo, piensa él, porque la ciudad parece suspenderse, o es el tiempo, y cuando ya muchos de los pasajeros se aprestan a volver a sus asientos, aparece un nuevo grupo de curiosos, y estos ya no actúan en aquella película muda. Se hallan estáticos y bullentes por dentro, mirando a un hombre, en el piso, bañado en sangre. Dos paramédicos se agencian sobre él, uno trata de detener la

hemorragia, al mismo tiempo que le da órdenes al otro. El legista descubre a un joven con una cámara filmando la escena, a su lado, un hombre de edad indeterminada le trae un recuerdo. Los dos procuran ser invisibles, vestidos de manera extraña, con gestos distintos a los de los otros, y no porque estén filmando, sino porque parecen extranjeros, aunque no tengan cara de serlo. Creo que conozco a ese tipo, se dice el legista.

El bus se aleja de aquella escena, que todos en Quito alguna vez han presenciado, como han presenciado una batalla de nubes contra el volcán, o la lluvia circunscrita a un flanco de la montaña, donde al mismo tiempo caen los rayos oblicuos del sol de la tarde.

El legista pone los pies en la tierra, en lo real y figurado. No está donde le gustaría estar a esa hora. A la ciudad, allí, se la siente dichosa consigo mismo, aunque nadie la entienda. Emprende el camino hacia la morgue. Segundo, su ayudante, ya tiene listo el cadáver del día. Ha preparado la mesa con los instrumentos, ha medido (1m80), ha pesado (150lbs) y ha tomado fotos. Ni bien lo percibe en el umbral de la puerta, le suelta a bocajarro su examen externo.

—La bala debe haberle destrozado el pulmón —explica Segundo—, pero antes le dieron una buena paliza, tiene al menos dos costillas rotas y

quién sabe si una vértebra, por el costado dorsal izquierdo le sube una equimosis tenaz.

Gira el cadáver y le muestra la mancha. El legista hace un tajo con el bisturí, agarra la pinza y va a buscar la bala. La coloca en un recipiente. Segundo la examina, reconoce el calibre y por ende la procedencia.

—Es un calibre usado por la policía —le dice.

—Eso no significa que sean ellos los que lo mataron.

—No, claro que no, pero podrían.

—Ya veremos —concluye el legista.

El resto de la autopsia es hecha con el ruido de la lluvia chocando contra los vidrios de la morgue, único resquicio por el cual se les entra el mundo aunque no quieran. Esta mañana, a Quito le ha dado por cambiar su climatología; amaneció soleada y ni bien la gente empezó a salir todo el sur y el centro se nublaron, un viento anterior a la lluvia enfrió las esquinas y las plazas.

El legista termina de escribir el informe. Lo guarda en el archivador, poniéndole tope a esa vida de la que solamente tuvo los restos inertes. Le pide a su ayudante que reciba a la familia y le cuente cómo murió Pedro Craw, tan joven. Es su primera autopsia de la semana y ya no da más. Sale a fumarse un cigarrillo bajo el sol de mediodía, mientras, más al norte, se ha desatado la lluvia. Se echa una pitada, cierra los ojos e intenta rezar. La muerte, sin embargo, no cambia de lado.

De a poco se apaciguan en su mente el rechinar de los cuchillos, el rasgado de la piel, el craqueo de los huesos, el silbido de la aspiradora de líquidos, el zumbido de las aspas del ventilador, el ronroneo de las luces de neón, el tintinear de los metales, el roce de las botas de caucho con el piso de baldosa, y se le vienen los ruidos de la ciudad, un frenazo, pitos, gritos, risotadas, las campanadas de una iglesia, los motores de un avión disponiéndose a aterrizar, un almacén de discos piratas, cuyos parlantes escupen a todo volumen una música caribeña y nalgona. El legista se acerca unos metros, pero la ciudad lo repele. Se arrima al muro dejándose aliviar por el sol.

Aparece Segundo, con las manos en los bolsillos de su mandil. Se acerca al legista, cabizbajo, este le tiende un cigarrillo.

—Quieren verlo.

—¿Quiénes?

—Los padres.

—¿Para?

—Quieren saber más. Yo ya no supe cómo explicarles.

—¿Qué les dijiste?

—Que usted estaba acá afuera.

—Chuta, Segundo, mala nota. Se supone que ya sabes tratar con los deudos.

—Disculpe doctor, pero estos no quieren saber de mí.



El legista suspira. Echa su pucho a la alcan-  
tarilla. En la sala de espera están los padres de  
Pedro Crow, él llegando a los cincuenta y sin un  
ápice de desolación, ella más joven y muy bien  
conservada, tratando de guardar la compostura.  
Ambos elegantes. Al verlo se ponen de pie.

—Doctor —empieza el padre—, queremos ha-  
cerle una copia al informe, antes de que lo mande.

—¿Por qué?

—Por si acaso. Usted sabe cómo son las cosas  
aquí.

—¿Cómo? —dice él, sintiéndose tonto.

—A nuestro hijo lo asesinaron con un calibre  
de la policía.

—¿Quién les dijo que es de la policía?

—Su ayudante.

El legista regresa a ver a Segundo, este le  
suelta una sonrisa asustada.

—El es experto en armas, yo en química  
—explica, sin ponerle en aprietos a su ayudante.

—Si fueron policías, nos va a tocar duro, será  
mejor tener argumentos.

—Ya.

—No lo vamos a comprometer, solamente  
queremos tener una copia del original, antes de  
que alguien lo trafique.

—Segundo, hazles una fotocopia a los señores  
del informe, y tráeselo.

—Ok —dice Segundo, esfumándose dentro de la oficina.

—A su hijo lo mató la ciudad —añade el legista, sintiéndose fuera de foco.

—¿Qué? —reacciona el padre de Pedro Crow.

—Es una manera...

—Esta vez no la vamos a dejar tranquila, hasta que nos ponga los culpables a los pies.

Segundo llega con la fotocopia y se la entrega.

—Fírmenosla, para certificar que se trata de una fotocopia auténtica del original.

—Fírmala, Segundo, puesto que tú sabes de balas.

El ayudante firma, el legista ya no está tampoco para respetarle la existencia a nadie. La pareja se va a hacer los trámites para recuperar el cuerpo de su hijo, sin haber soltado una lágrima, ni una queja.

—Qué dignidad —comenta Segundo.

—Qué odio —suelta el legista.

Levantán los hombros y entran nuevamente en el cuarto de autopsias, para ocuparse del próximo muertito. Pero sin ponerle tanto misterio, mijo, le hubiera dicho Hortensia Armendáriz, su madre, porque los muertos ya no reclaman ni a Dios, ni a los mensos que creen en él.

Quito sigue creciendo, ensanchándose, estriando su corteza terráquea, pavimentando la montaña, rompiendo el cielo con sus gases de

urbe entre paradisíaca y dantesca, llenándose de barrios por donde circulan quién sabe qué gentes ni con qué intenciones o culpas. Quito, la capital de los provincianos, de los migrantes internos, de los bobos con causa y los dueños de putas, llena de exiliados sudamericanos que en su momento no pudieron embarcarse hacia Europa: argentinos, chilenos, colombianos, embrutecidos y descontentos con su suerte andina, tuertos en país de ciegos. Quito la ciudad de las estrellitas de pacotilla, negociantes de a perro, filósofos, sociólogos y artistas de tercer rango. Capital de los desilusionados, de los alternativos sin alternativa, de salseros y cumbiamberos de fin de semana y eternos pasilleros muertos de hambre. Ilustre desconocida en el desentonado concierto de capitales de este mundo, a la que ya uno no sabe lo que le sienta mejor, si la desolación o el cataclismo, si Dios o el infierno. Quito, la ciudad por donde arrastraron el cuerpo de Alfaro, donde un director de la Alianza Francesa creyó que podía convertirse en poeta, y un pintor ecuatoriano se erigió en defensor eterno de la Humanidad. *Ciudad inmortal que en los Andes Atahualpa y España amaron*, pero sobre todo avillanaron. Quito con su himno, su bandera y su escudo asquerosos. Cuna de tantos hijos de puta que podría hundirse y a nadie se le levantaría una ceja. Quito la ciudad donde mataron a mi madre atropellándola, donde me volví esto que soy y soy y sigo siendo y vuelvo a ser y seré, aunque cada

mañana maldita me despierto reticente, creyendo en algo sin sostén ni cuerpo. Esta es la pura verdad, la historia de a de veras, sin esparadrapo en la boca ni crema Nivea en las manos, como diría el famoso escritor, el típico escritor, el huevón ese que todavía cree en sus metáforas de a real, Dios mío, si el cojudo supiera que ninguna metáfora vale, ninguna mampostería lingüística, ningún ananay sirve cuando te toca cortar, sacar y analizar el cuerpo de cualquiera, muerto en esta ciudad porque sí, o porque no supo con quién, o no se imaginó cómo, en esta ciudad donde lo único valedero son los pronombres interrogativos y no lo que a él se le pueda imaginar. Me río con ganas de todos esos cabrones subidos a la ciudad para hacerse ver y oír, me río de ellos y de los imbéciles que les dan crédito, a los que lamentablemente no cruzaré en mi mesa de autopsias, porque ni morirse mal merecen.